

La enseñanza de la Historia

Si oímos hablar a los *conscientes*, como a sí mismos se denominan los pagniristas de Ferrer y su semana trágica y los protectores de los asesinos de Cullera, en los años transcurridos desde que en España se implantó la república, hemos adelantado muchísimo, pues no somos ya lo que éramos aún en 1873.

Y es indudable que si confundiendo los términos llamamos adelanto al retroceso, no cabe duda que los *conscientes* han ido en aumento de manera considerable de entonces acá, puesto que los que así se denominan, ni sienten, ni piensan, ni quieren, ni obran con cabal conocimiento y plena posesión de sí mismos, sino influidos por torpes educadores que piensan por ellos y les impulsan a ejercer actos vandálicos dignos de execración y vituperio.

¿Cómo han de ser *conscientes* los que de hombres se tornan en fieras salvajes a impulsos de enseñanzas negativas!

Si aun los mismos gobernantes que toleran tales doctrinas, que amparan tales escuelas no son *conscientes*, ¿cómo han de serlo quienes de esos centros salen, quienes tales lecciones aprenden?

Viéndose está cómo los *conscientes* portugueses van dando cuenta de su nación y cómo los *conscientes* españoles ponen la suya a los pies del extranjero, demostrando plenamente que si un día llegasen a triunfar, aquel triunfo de ellos sería la derrota de todo lo más santo.

Dos años antes de la revolución de Septiembre, en 1867 y 1868 ingresaron en caja 37.000 y 89.000 quintos respectivamente, y dominando la república, se sacaron 45.000 en 1873 y 98.000 en 1874.

Y éstos eran los que iban a acabar con las quintas.

El 16 de Diciembre de 1873, decía el republicano Roque Barcia al «gobierno centralista que si en el término de veinticuatro horas no suspende el bombardeo que está asesinando a un pueblo inocente, en nuestros castillos, en nuestros baluartes, en nuestros buques enarbolarémos la bandera angloamericana», y con la misma fecha se dirigía al embajador de aquella república, pidiéndole autorización para ello.

Y éstos eran los patriotas encargados de salvar a España.

Entre ellos hubo un don Antonio Orense que decía: «Esos pueblos republicanos tienen abiertas las aduanas; esos pueblos tan republicanos están protegiendo a los contrabandistas; y mientras tanto el País no tiene rentas. Esto es un robo, y a los ladrones toda la sociedad los rechaza.»

¡Los que iban a depurar la administración!

Por algo Díaz Quintero aseguraba a sus correligionarios que tenían «todos los vicios de la monarquía inoculados en la sangre, sin tener las virtudes de aquella.»

Y por su parte Salmerón, el austero Salmerón, decía: «El torpe espectáculo que desde el 11 de Febrero venimos ofreciendo al mundo, ha producido una reacción que amaga, no ya la existencia de lo que hoy es una República, más en el nombre que en la realidad de las cosas; pero hasta la existencia de las mismas instituciones liberales.»

En la sesión del 10 de Febrero de 1873, el revolucionario Ruiz Zorrilla se expresaba así: «Yo oro, señores senadores y diputados que no puedo, que no debo, que aunque debiera y pudiera no quiero ser republicano.»

Pí y Margall decía: «Nosotros, con unas Cortes casi unánimes, donde las oposiciones apenas tienen una representación formal; nosotros con unas Cortes compuestas de republicanos que apenas discutíamos sobre los principios en que debía descansar la Federación, nos retiramos después de cuatro meses sin haber ni siquiera discutido en su totalidad el proyecto constitucional.»

Castelar afirmaba lo siguiente: «Señores: una asamblea que consume una mañana entera en estas personalidades, una asamblea que consume una mañana en desgarrarse de esta suerte mientras el enemigo avanza, mientras el incendio la rodea, mientras el absolutismo tiene el apoyo de Europa; una asamblea que así procede, si no cambia de conducta, está irremisiblemente condenada a perecer hoy y a tener mañana la reprobación universal.»

¿No dijo Pí y Margall que sus sucesores ametrallaron pueblos bombardearon ciudades, desarmaron milicias, persiguieron y prendieron hasta por sospecha, y dejaron que un general quitase y pusiese Ayuntamiento a su antojo estableciendo por donde quiera que pasase una verdadera tiranía?

¿No hicieron resaltar Orense, Pí y Margall y otros la indisciplina que reinaba en el Ejército y las gracias, los ascensos y grados que se repartían a diestro y siniestro, sin méritos de ninguna clase?

Pues si de entonces acá hemos adelantado tanto como se ve, y se presiente, dígasenos adónde iríamos a parar si los inconscientes revolucionarios de hoy llegasen un día aciago a ocupar el poder, y dígasenos si acariciándolos y concediéndoles beligerancia se gobierna la nación debidamente.

¡Cobardes! Lo son y mucho los hijos que no sacan la cara por su padre que dejan que le insulten, le escarnezcan y

atropellen. Así obran respecto de Dios y de su causa muchos cristianos, que como no les toquen ni lastimen en lo que aman, a saber, sus comodidades y materiales intereses, poco les importa que la fe se pierda ni que Dios sea ultrajado y ofendido. ¿Qué concepto de Dios tienen los tales que así le ponen por debajo de todo?

¿Pero estás loco?

§—>—<—§

Eres, ¡oh pueblo!, extremadamente cándido.

Un siglo de liberalismo, monstruo de iniquidad que tú has contribuido a traer y que por tu candor ha echado raíces muy hondas, ha obrado prodigios estupendos.

Porque él ha formado con los bienes que robó a la Iglesia y que eran como tuyos, una propiedad fastuosa y brillante que maldito el caso que te suele hacer.

Ha levantado del polvo de la tierra a muchas endiosadas medianías, que te pagan con el olvido.

Ha hecho de los partidos políticos, grupos oligárquicos que se reparten bonitamente buena porción del presupuesto nacional.

Ha fabricado los caciques, que con el látigo siempre en la mano tienen la insolencia de Hamar hombres a la multitud esclavizada.

Ha lanzado a los pobres contra los ricos, y a los ricos contra los pobres.

Ha desatado todas las plumas infames y todas las bocas blasfemadoras.

Pero el prodigio de los prodigios, ¡oh pueblo!, es que tú, sin una peseta en el bolsillo, más desdichado que nunca y ya sin la fe que descorre los velos de la eternidad y alienta en la fatigosa lucha de la vida, con todas las fuerzas de tus pulmones gritas aún: ¡viva el tirano!, es decir ¡viva el liberalismo!

¿Tan loco te han vuelto?

M

Con el maldito liberalismo hemos progresado hasta el punto de que se autorizan las representaciones más pornográficas, los bailes más voluptuosos, focos de impureza, de corrupción y libertinaje donde se contraen todos los vicios y se pierden todas las virtudes y esto sin que se avergüencen de presenciarlos muchas personas que se llaman cristianas.

Es triste que en las naciones católicas no haya leyes ni gobiernos que prohiban esas funciones, semillero de vicios, antes al contrario, hemos visto colmar de consideraciones, de aplausos y de premios a ciertas personas, precisamente por los insultos hechos a la moral y por los ultrajes inferidos al pudor y a las buenas costumbres.

Hay muchos católicos-liberales que di-

cen que tales indecencias constituyen una parte de las grandes conquistas de la civilización. Bien dicen los Romanos Pontífices que los liberales son imitadores de Lucifer.

Preguntas interesantes

¿Ha visto usted muchos incrédulos que abandonen las delicias de la vida para ir a servir a los enfermos en los hospitales?

¿Ha visto usted muchos librepensadores que sacrifiquen su juventud, y que vestidos de un triste sayal se vayan a civilizar pueblos salvajes a costa de su vida?

¿Ha visto usted muchas mujeres del mundo que sacrifiquen su belleza y se despojen de sus galas para encerrarse en los asilos, escuelas, hospitales y manicomios, para cuidar enfermos asquerosos, mujeres extraviadas, niños abandonados y locos furiosos, sin más retribución que un pedazo de pan, ni más esperanzas que un hoyo en el cementerio?

Pues todas estas cosas, y otras más las hacen cada día los religiosos y religiosas, tan perseguidos por los falsos amigos del pueblo.

De Verbena

Muchedumbre, barullo, pisotones, ruido ensordecedor, discorde ruido de un piano de manubrio, fermentido que vibra al són de báquicas canciones.

Regocijo brutal: interjecciones que ofenden al decoro y al oído, aceite humeando, ambiente enrarecido, farolillos, morapias libaciones...

¡Oh tiempos de genial galantería en que juntas marchaban de bracero la señorial decencia y la alegría!

Aquellos tiempos con ardor prefiero: no en los que el vil descoco y la osadía son de vergüenzas pútrido venero.

Época legendaria de heroísmo, siglo de oro feliz de nuestra España, era aquel que nos pintan la Patraña feudo del ignorante fanatismo.

El monarca con rudo patriotismo conquistaba pujante tierra extraña, y ofrecía a su Dios la épica hazaña contento de su pueblo y de sí mismo.

La Religión se alzaba esplendorosa, triunfante la virtud, llena de vida respetada y feliz la Patria hermosa:

y el vicio y la maldad envitecida, se ocultaban con saña temerosa, cual la inmunda alimaña, en su guarida.

PILAR DE CÁVIA

Los socialistas y la Religión

Los socialistas recomiendan a sus secuaces que no practiquen ningún acto de religión, que no hagan bendecir su matrimonio por la Iglesia, que no bauticen a los hijos, ni llamen al sacerdote para asistir a los moribundos.